

M. LUISA PENÍN NAVASCUÉS

BERENICE

EL ALMA DEL CUERVO



EL ALMA DEL CUERVO

EL ALMA DEL CUERVO

Maria Luisa Penín Navascués



Primera edición: noviembre, 2025.
Título original: *El alma del cuervo*
Diseño de cubiertas: Núria Penín Navascués.
Dirección del proyecto:
Núria Penín Navascués
M^a. Luisa Penín Navascués

©Nuria Penín, 2025.
©M. Luisa Penín, 2025.

©De la presente edición en castellano:

La gata con gafas, Ediciones Transmedia
Carretera de la Bordeta, 53, 1^o 4^a.
Barcelona-08014
Tel. 601097611
E-mail: lagatacongafas@historiasdondevivo.com
www.lagatacongafas.com

© Imagen de cubierta: Adobe Stock, everettovrk.

Ejemplar gratuito.

Cualquier forma de reproducción, distribución o comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, a excepción de lo previsto por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), www.cedro.org en caso de que necesite fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*La línea entre víctima y verdugo es tan fina,
que hay veces que se puede tener un pie en cada lado.*

OFF_THE_RACCORD (INSTAGRAM)

*A mis padres,
que me transmitieron el mejor
de los legados:
su capacidad para afrontar
la adversidad.*

Nota de la autora

Esta novela está inspirada en el relato *Berenice* del escritor de terror gótico Edgar Allan Poe. En la versión original, el protagonista, Egeus, a menudo sufre crisis de ensimismamiento. Durante estos episodios su mente se concentra en un objeto corriente y lo analiza con un detalle enfermizo, que se convierte en una obsesión que desencadena graves consecuencias.

En la versión de Poe, Egeus se obsesiona con los dientes de su prima Berenice. Aunque el nombre de la joven aparece en el título del relato, en el transcurso de la historia, el personaje aparece totalmente desdibujado. De hecho, no representa ningún papel, no tiene voz. Yo he pretendido dársela.

En mi versión, Berenice se convierte en el personaje principal del relato, tomando las riendas del mismo y es Egeus quien representa un papel secundario. He decidido mantener el personaje masculino para rendir homenaje a Edgar Allan Poe y a la versión que me ha servido de inspiración.

El personaje que actúa como contrapunto de Berenice en esta novela que tienes entre manos es Thanos, que encarna el espíritu del Egeus de Poe. Thanos expe-

rimenta esas crisis de ensimismamiento que aparecen en el original, pero de un modo muy distinto, a todas luces contrapuesto, como pronto comprobarás.

Mi objetivo ha sido retratar la arquitectura de una obsesión y poner de manifiesto que la línea que existe entre la víctima y el verdugo, en ocasiones, puede ser peligrosamente difusa.

Espero que disfrutes de la lectura.

María Luisa

PREÁMBULO

EL AMARGO SABOR DE LA AUSENCIA

París, febrero de 1849.

Al anochecer.

Clarence entró en la *suite* del hotel *Meurice* con aprensión. Pero nada más abrir la puerta los susurros la confortaron:

Sácame de aquí. Déjame marchar, mamá.

Por favor...

Tengo mucho miedo. Ábreme la puerta...

Vestida de luto riguroso, la mujer se aproximó a la ventana. Desde su posición disfrutaba de una visión privilegiada de Las Tullerías, extensos jardines de estilo florentino rodeados de altos muros, que proporcionaban privacidad a la aristocracia que los disfrutaba.

Sácame de aquí...

Clarence se sentó en la butaca frente a la chimenea. Un fuego poderoso proporcionaba a la estancia un calor desconsiderado, pero ella se frotó los brazos insistentemente porque solo sentía el frío. Era como si un bloque de hielo se le hubiese agarrado al corazón.

El personal de servicio había colocado el pesado baúl a sus pies, siguiendo sus estrictas recomendaciones.

Ella custodiaba celosamente la llave, que pendía de una cadena que llevaba anudada a la cintura.

El sonoro reloj de cuco entonó las nueve. «Kardec nos espera a las doce y papá está en la sala de fumadores, así que tenemos tiempo», susurró Clarence.

Lentamente, se incorporó y su rostro reflejó un rictus amargo. Todavía sentía la humedad caliente en los pezones. Todavía notaba el olor agrio y rancio de la leche materna y el dolor punzante de sus pechos, que habían sido privados de su función esencial.

A pesar de todo, el silencio que la envolvía le resultaba reconfortante. Un silencio que tan solo era interrumpido por el eco de los lamentos que resonaban suspendidos en el vacío. Clarence, apesadumbrada, introdujo la llave en la cerradura y levantó la tapadera del cofre: un olor sofocante, nauseabundo y violento invadió la estancia. Sobre una almohada descansaba un bultito amorfo envuelto en una fina sábana de hilo.

La mujer levantó el bultito con delicadeza y lo colocó junto a su pecho. Lo acunaba mientras le acariciaba el cabello ralo, que se deshacía entre sus dedos. Sumida en un estado de desolación despiadada, retiró el lienzo que lo cubría y, con fervor religioso, besó su frente y sus mejillas embotadas.

Recordó la agonía de la espera y la alegría que sintió tras haber dado a luz un varón. Rememoró la plenitud sentida cada vez que el fruto de su vientre succionaba el calostro, cada vez que olía el aroma dulce de su colonia, cada vez que sentía el tacto de sus manitas húmedas sobre la piel.

Pero aquellos momentos de felicidad fugaz habían desaparecido para siempre. Había comenzado el proceso de putrefacción, así que los tejidos se habían ablandado, el vientre se mostraba henchido de gases y hedía.

Clarence se acomodó de nuevo en la butaca con el cadáver entre los brazos. Lo mecía y le cantaba mientras lo apretaba contra su corazón. Intentaba sofocar las voces:

Mamá, libérame. La oscuridad me asusta...

—Shhhh...

La dama era consciente de que algún día los huesitos se desharían como polvo entre sus dedos, las córneas de los ojos se resecarían y la carne tierna sería devorada por los gusanos. Entonces tendrían que separarse.

—Pero aún no estoy preparada para dejarte marchar —musitó.

De pronto, se escuchó un quejido lastimero. Clarence se levantó y caminó hacia la dirección del sonido, que provenía de la habitación. La mujer se acercó a la cama, se agachó y levantó la colcha mientras sostenía al bebé. En la oscuridad se adivinaba la silueta de una niña asustada. La mujer agarró a la niña del cabello y la arrastró hacia el exterior. Berenice gritó.

—¡Sal de ahí! —Clarence chilló—. ¡Por Dios que ahora mismo te mataría!

—¡Me haces daño! ¡Mamá!

La niña lloraba y pataleaba. Invasada por el pánico, se resistía a abandonar su refugio.

—¡Fuera! —La mujer había perdido el control de sus emociones—. ¡Te pedí que te quedarás en el *hall*! ¿Por qué nunca me obedeces?

Debió a la presión ejercida, el cadáver comenzó a emitir un quejido desconcertante. Clarence se inclinó sobre el pequeño y se olvidó de Berenice. La pequeña aprovechó la ocasión para salir del dormitorio.

—Ya está... —susurraba mientras recomponía los restos mortales de su hijo y los acomodaba, de nuevo, en el arcón.

La tormenta sofocó el llanto. Por la boca de la madre escapó la rabia y el dolor acumulados. Berenice, oculta en el corredor, se tragaba las lágrimas.

Mientras tanto, la lluvia empapaba las calles de la ciudad.

CAPÍTULO I

ENTRE DOS MUNDOS

París. Febrero de 1849
A medianoche.

I

Allan Kardec entró en la biblioteca sin miedo, pero con precaución. La conexión con entidades del otro plano formaba parte de su realidad cotidiana, pero, aun así, se obligaba a doblar la tentación de relajar un estado de alerta que, llegado el momento, podía resultar muy conveniente. La estancia se encontraba totalmente a oscuras a pesar de los amplios ventanales de factura victoriana.

El aroma del parqué recién encerado le producía una sensación placentera y familiar. Estaba solo en la casa, ya que, en ocasiones como aquella, el personal de servicio se tomaba la noche libre. La noche, tormentosa y lóbrega.

El péndulo del reloj de cuco se detuvo cuando el campanario de la ermita, que se había edificado junto al cementerio, anunció la medianoche. Solo se escuchaban

el intenso repiqueteo de la lluvia en los cristales y el suave murmullo del viento.

El caballero cerró la puerta y, a tientas, caminó hacia la mesilla para prender la mecha de la lámpara; pero una mano, que sintió pálida, femenina y helada, se aferró a la suya y se detuvo. En el ambiente percibió el perfume sutil de los lirios en flor mezclado con el olor ahumado de la piel carbonizada.

Kardec arqueó una ceja y la observó con discreción. Lo desarmaron su boca prieta y entumecida, su mirada triste y la malograda juventud que se adivinaba en su semblante. Le estaba tomando el pulso y ella lo sabía.

El eminente profesor asintió, dejó la lámpara sobre la mesilla y caminó sobre la mullida alfombra hacia el extremo opuesto de la sala. Avanzó sin vacilar, a pesar de que los envolvía una negrura intimidante. Sobre la recia chimenea se adivinaba la silueta de un candelabro de notables dimensiones. Al lado, una caja de mixtos y un crucifijo de plata. El hombre sacó uno de la caja, lo encendió y prendió una vela. Ahora, un halo de luz tenue iluminaba la sala, sumiéndola en una penumbra reconfortante.

—¿Mejor así, *madame*? —susurró.

—Mejor. —La mujer asintió. Su voz ácida, metálica e impersonal le causó cierto desasosiego—. Pero quite eso de ahí. —Señaló el crucifijo—. Nada le debo pues ignoró mis súplicas y me abandonó a pesar de mis terribles circunstancias. Su imagen me irrita...

Kardec asintió e intentó apaciguar los ánimos:

—La comprendo, créame, pero no puedo hacerlo, señora. Entiendo que conoce el procedimiento...

La mujer asintió.

—Entonces, sabe que no lo haré.

Impasible, ella fijó su mirada en el objeto de su

desprecio y, a la velocidad del pensamiento, le ordenó a la materia que lo conformaba que se disolviera. Y eso es lo que ocurrió: los átomos se disgregaron formando electrones, protones y neutrones: partículas invisibles al ojo humano. Allan Kardec sonrió. Había presenciado el fenómeno en numerosas ocasiones, pero nunca dejaba de sorprenderlo.

La dama susurró:

—Tengo mucho frío. Si me permite...

Un solo gesto y, ahora, en el hogar crepitaba un fuego agradable. Se escuchó un suspiro. El hombre contrajo la respiración al notar que ella se acercaba de nuevo, se arrojaba a su espalda y exhalaba sobre su nuca un chorro tibio de partículas elementales. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando notó sobre su rostro el abrazo de su energía densa, espesa y opaca. Su corazón se desbocó, pero mantuvo el temple: le ocurría siempre, pero no acababa de acostumbrarse. Introdujo su mano en el bolsillo del chaleco y consultó su reloj: las doce menos diez.

El célebre espiritista se sobrepuso al temor inicial y, respetuoso, le preguntó:

—¿Preparada?

—Lo estoy.

El caballero llamó la atención de la dama señalando una mesa redonda de caoba. Sobre la superficie, se habían colocado una tabla ouija, una esfera de cristal, una resma de papel verjurado y una pluma estilográfica. Frunció el entrecejo y encontró el valor que necesitaba para sostener su mirada plúmbea. A pesar de su vasta experiencia en el campo, todavía le resultaba intimidante.

—*Madame*, es la hora.

II

Allan Kardec escuchó el piafar de los caballos y el traqueteo del carruaje sobre el pavimento; entonces, abandonó la biblioteca y cerró la puerta tras de sí. A paso ligero, se dirigió a la entrada principal y abrió el portón. Una mujer prematuramente envejecida, vestida de luto riguroso, se apeó del carruaje; el profesor corrió para proporcionarle la protección de su paraguas. La siguieron un caballero de porte distinguido y una niña pequeña, muy pálida y de aspecto frágil. Una criatura pecosa de pelo oscuro, naricilla respingona y mirada brillante.

El anfitrión los acompañó hasta el porche, donde se detuvieron unos instantes para recomponerse.

—Hace un tiempo de mil demonios... —Jeremiah Johnson parecía visiblemente contrariado mientras se frotaba las manos para entrar en calor. Su esposa lo miró fijamente y el hombre contuvo sus reproches. La mujer saludó al profesor inclinando graciosamente la cabeza:

—Un placer, *Monsieur* Kardec. Estaba deseando conocerlo en persona.

—El placer es mío... Clarence, ¿verdad? Han hecho ustedes un largo viaje. Me honra que hayan venido a verme desde Londres. Sean bienvenidos. Pasen, por favor...

Kardec les flanqueó la entrada. Los recién llegados entraron en la casa observando el amplio recibidor. Estaba oscuro, pero la luz que provenía de la calle esbozaba formas curiosas en las paredes. El mobiliario era simple pero turbador: un espejo sencillo, una cómoda estrecha y una colección de máscaras africanas que provocaban escalofríos.

Clarence se fijó en sus cuencas vacías y en las muecas hieráticas, que conferían al conjunto un aire desconcertante.

—¿Quieren beber algo antes de empezar? —preguntó el médium tratando de diluir la tensión—. ¿Un chocolate caliente, quizás? Por favor, dejen sus capas sobre la cómoda. Entremos en la biblioteca, vengan por aquí...

Jeremiah no dio un solo paso: se quitó la chistera, la sacudió calando la vieja alfombra y lo miró de forma severa.

—No quiero faltarle al respeto en su casa, señor. Pero esta situación no me complace. Estoy aquí porque mi esposa no ha dejado de insistir.

—¡No seas grosero! —le recriminó la mujer.

Kardec levantó la mano y asintió con la cabeza.

—Lo entiendo. No hay problema. Pero la niña tendrá que quedarse aquí.

Berenice, que parecía mayor de los siete años que tenía, se aferró a la mano de su padre, que la apretó para transmitirle confianza.

—Berenice viene con nosotros. Eso es innegociable. ¿Empezamos ya, por favor?

El médium, contrariado, asintió:

—Bajo su responsabilidad, entonces...

III

La dama les esperaba impaciente, así que, cuando se acercaron a la habitación, la puerta de la sala, que estaba cerrada a cal y canto, se abrió muy despacio ante sus miradas estupefactas. Kardec les precedió y, con paso seguro, se dirigió a la chimenea, cogió el candelabro y les hizo un gesto para que se acercaran.

Clarence se sintió impresionada al contemplar la habitación, vestida de verde oscuro. Los cortinajes, a juego, eran pesados y barrocos. Un ramo de rosas marchitas le proporcionaba un aire decadente a la estancia. Las estanterías contenían grandes cantidades de libros apilados sin un orden preciso. Sobre la chimenea, podía contemplarse una reproducción decente de la obra *Saturno devorando a sus hijos*. Al médium le resultaba inspiradora. De pronto, se escuchó en la sala una musiquilla quejumbrosa. Clarence dio un respingo, su marido miró a derecha e izquierda y la niña enterró la cabeza en el regazo de su padre. El profesor se mostró contrariado mientras señalaba una bailarina de porcelana que giraba sobre la mesilla. La bailarina hacía tiempo que había perdido la cabeza.

—La melodía proviene de la cajita de música. No se asusten. Estos sucesos son inevitables dadas las circunstancias...

Las mejillas de Clarence enrojecieron ante el fenómeno y Jeremiah intentó disimular su desconcierto. Berenice, sin embargo, se había recuperado de la primera impresión y no parecía asustada. Más bien se diría que sentía curiosidad. Kardec, impasible, les sugirió que se acercaran a la mesa y, sosteniendo el candelabro a la altura de sus hombros, les invitó a sentarse. Cada uno de ellos ocupó su butaca en silencio. Jeremiah palpó el tablero y miró debajo:

—No encontrará lo que busca en mi casa, caballero. —A Kardec le molestó su alusión al fraude.

Jeremiah lo miró desafiante:

—Estas mesas parlantes son muy conocidas en Inglaterra, *monsieur*.

Clarence le dirigió a su marido una mirada asesina y este calló. Nadie se atrevió a pronunciar una palabra

más. La tormenta arreciaba y la mujer observó que las rosas habían ennegrecido de repente.

Berenice contuvo una náusea:

—Huele a quemado —susurró.

—No huele a nada. Pórtate bien, por favor.

—Sí que huele, *madame*.

El sensitivo sonrió a la niña y la tranquilizó:

—No te asustes. Es normal. Todo irá bien. —Ahora se dirigió a los adultos—: Coloquen las manos sobre la mesa y respeten el silencio... Empecemos, por favor.

Kardec comenzó el ritual. Todos bajaron la mirada y cerraron los ojos. Jeremiah suspiró fastidiado.

—Rogamos al señor, Dios omnipotente, que nos envíe nobles espíritus para asistirnos, que aleje a los que pudieren inducirnos al error, y que nos conceda la luz necesaria para distinguir la verdad de la impostura.

»Apartad a los espíritus malévolos, encarnados o desencarnados, que intenten sembrar la discordia entre nosotros. Si alguno de ellos pretendiese hacerse presente aquí, impedidle el paso en nombre de Jesucristo nuestro señor...

Unos segundos después, se estableció la conexión. Los recién llegados no se dieron cuenta, pero Kardec miraba fijamente a su derecha buscando el beneplácito de la dama. Ella asintió.

—Si hay un espíritu en esta sala que desee comunicarse, que diga su nombre.

—Me llamo Elysa.

—Elysa —repitió Kardec tras unos segundos de silencio—. ¿Les resulta familiar?

Inquietos y visiblemente contrariados, Clarence y Jeremiah contuvieron el aliento. Parecían sorprendidos. Berenice fijó su mirada en el vacío y sonrió. Ella también podía verla. El rostro de la mujer le resultaba familiar.

—Elysa sostiene un bebé —anunció Kardec.

Clarence empalideció, sus ojos se humedecieron y bajó la cabeza. Su respiración se aceleró. El espiritista continuó con el interrogatorio:

—¿Es hijo tuyo, Elysa?

—*Ahora*, sí que lo es.

—Dice que sí. Que *ahora* es hijo suyo. ¿Entienden ustedes a qué se refiere?

—Es Johnny. —Berenice señaló la figura que solo ella y el médium podían ver.

—¡Señor! —Clarence sollozó y se presignó. Jeremiah se levantó airado. Se incorporó demasiado rápido y la butaca cayó al suelo quebrando el silencio que los envolvía.

—¡Basta ya! —exclamó—. Berenice, ¡no mientas!

La niña insistió:

—El bebé lleva la medallita que le puso mamá cuando murió. ¡Digo la verdad! ¡Lo juro!

—¡Tranquilícense! —exclamó Kardec—. Señores, lo que dice la niña es cierto. El bebé lleva una especie de camafeo... Jeremiah, ¡síntese! Clarence, ¿se encuentra bien? —La mujer respiraba agitada y sus mejillas habían enrojado: parecía al borde del desmayo.

Elysa, muy enojada, se deslizó hasta la librería con el bebé en sus brazos, empujó con fuerza un ejemplar de los *Principios de la doctrina espiritista* y la fila entera cayó sobre el suelo provocando un gran estrépito. Kardec suspiró contrariado. Clarence gritó. Ahora, el bebé lloraba desconsoladamente.

—¡Estáis asustando a Johnny! —exclamó Berenice enojada—. Está llorando...

—¡Cállate, te digo! —exclamó su padre visiblemente agitado—. Por Dios que cuando lleguemos a casa ¡recibirás una buena tunda!

—¡Basta! —Clarence gritó y su marido enmudeció. Levantó la silla del suelo y volvió a sentarse. Su enfado quedó enterrado tras su barba hirsuta.

—Por Cristo —musitó mientras se ajustaba el corbatín.

Elysa se acercó de nuevo a la mesa.

—Si tienes algo que decir, hazlo ahora. —Kardec insistió. Estaba deseando poner fin a la sesión.

—Mi mensaje es para ella.

—Dice que tiene un mensaje para usted, Clarence.

En la sala se hizo un silencio espeso.

—Dígale que cuidaré de su hijo siempre que ella cuide del mío.

—Elysa dice que cuidará de su hijo, pero que, a cambio, usted tendrá que cuidar del suyo. ¿Tiene algún sentido para usted?

Clarence, muy agitada, negó y se llevó la mano al pecho:

—No sé a qué se refiere. No entiendo lo que quiere decirme...

—Dígale que lo sabrá en su momento.

Kardec se sentía fatigado.

—Dice que lo sabrá usted cuando llegue el momento.

—¡Se acabó! —Jeremiah se levantó de nuevo y agarró a su mujer del brazo—. Vámonos de aquí...

Entonces, Elysa se deslizó hacia el ventanal que presidía la sala, descorrió los pesados cortinajes y lo abrió de par en par. La lluvia helada y un frío intenso penetraron en la habitación. Clarence comenzó a rezar. Berenice contemplaba la escena con los ojos abiertos como platos.

—¡Esta mujer no les hará daño alguno! —insistió Kardec—. Pero ¡hagan el favor de calmarse!

—Elysa. Lo siento, pero tengo que despedirla...

La dama se acercó de nuevo a la mesa, acunó al bebé y este se tranquilizó. Resultaba evidente que no le sentaban bien los aires densos de la tercera dimensión. Elysa miró a los ojos al profesor y asintió. Entonces, arrancó el broche que el niño llevaba cosido al traje con el que había sido enterrado, alargó el brazo y lo depositó sobre la mesa. Y de nuevo los electrones se adhirieron a los neutrones y estos a los protones, y los átomos se materializaron recuperando la forma de la medallita original.

En aquel momento, el silencio en la sala se podía cortar. La ventana se cerró emitiendo un golpe seco y rotundo. El cristal se hizo añicos sobre la alfombra, pero nadie prestó atención.

Clarence reconoció la joya. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—¿Puedo quedármela? —suplicó—. Me la regaló mi madre...

—Puedes quedártela —afirmó Elysa.

—Sí, quedatela —confirmó Kardec.

Aquella mujer cogió la medalla, la besó y la apretó contra su pecho. Elysa la contempló imperturbable. En aquel momento, su voz gruesa, cálida como un suave murmullo, resultó audible para todos.

—Protege a mi hijo, mujer. Y te juro ante Dios que yo cuidaré del tuyo.

Nadie osó pronunciar una palabra. Elysa concluyó su alocución:

—Lo protegerás mientras la vida te sostenga, júralo, mujer.

Clarence asintió:

—Lo protegeré mientras la vida me sostenga. Lo juro...

—Y si incumples tu juramento, que el diablo te lo demande.

—Jamás lo incumpliré. —Clarence hizo la señal de la cruz.

Dicho esto, la biblioteca recuperó el olor del parqué recién encerado. Las maderas nobles crujieron levemente cuando los asistentes se pusieron en pie. El frío era tan intenso que incluso resultaba cruel. Ahora, Clarence sostenía la medallita junto a su corazón. Jeremiah parecía ensimismado. Su mirada húmeda se perdía en los rescoldos del fuego.

Kardec cerró las ventanas, corrió las cortinas y recogió la cajita de música, que se había caído al suelo. Llamaría al cristalero por la mañana. Seguidamente, encendió la lámpara de aceite y se hizo la luz en la habitación. ¡Qué alivio! La energía se había disipado. Todos se levantaron visiblemente emocionados. El conocido espiritista les flanqueó la entrada y abandonaron la estancia.

Berenice permaneció unos segundos en la biblioteca. Ahora sí que se acordaba. Había reconocido a la mujer que olía a flores y a ceniza.

La niña se estremeció y, temerosa, siguió el eco de las voces apagadas que avanzaban hacia el corredor.

Continuará...